



El domador de fieras y otros nanorrelatos

NAN CHEVALIER

Editora Nacional, Santo Domingo, 2014, 110 pp.

Soñar en el paraíso

RAFAEL GARCÍA ROMERO

Editorial Doble Infinito, Santo Domingo, 2014, 174 pp.

Reseña de Simone Cattaneo

El microrrelato, artilugio de fina relojería que se resiste a cualquier tentativa de clasificación y que en contra de su misma brevedad ha recibido una plétora de nombres distintos -microcuento, nanorrelato, textículo, mini-cuento, mini-relato, mini-ficción, etc.-, siempre ha latido en las entrañas de la literatura, desde la *brevitas* sentenciosa de la antigüedad -el *exemplum*, el aforismo, el haiku e incluso refranes y epítafios- hasta el desenfadado fragmentarismo de épocas más cercanas -el chiste, la prosa poética, la greguería, etc.-. La escritura hiperbreve ha sido un goteo incesante, terco como una de esas torturas chinas que delatan sus devastadores efectos a través de una constancia que hace mella en el tiempo y, hoy en día, ese estilicidio se ha convertido en un manantial cuyas aguas han desbordado cualquier frontera nacional o cultural, depositando un limo fértil que ha favorecido el brotar de abundantes y jugosos frutos: libros, antologías, ensayos, congresos, premios y talleres literarios, revistas, páginas web, etc. En el ámbito iberoamericano, el origen del microrrelato moderno se sitúa convencionalmente a comienzos del siglo XX, con los primeros tanteos de Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy

Casares en América Latina, y con los escarceos de Juan Ramón Jiménez y Ramón Gómez de la Serna en España. Sin embargo, en las tierras de Cervantes el género ha ido siguiendo un cauce más bien subterráneo, mientras que en Hispanoamérica ha ido aflorando en superficie cada vez con más pujanza hasta llamar la atención de autores y estudiosos autóctonos y foráneos. De este modo, a partir de los años noventa el microrrelato ha llegado a ser considerado, tanto de este lado del Atlántico como del otro, uno de los formatos literarios más sugestivos y prometedores. En República Dominicana su evolución ha sido peculiar y discontinua, casi a medio camino entre lo que acontecía a su alrededor y lo que pasaba en el contexto español. Como apunta el escritor y crítico Basilio Belliard en su introducción a *El domador de fieras*, los pioneros del género fueron Manuel del Cabral (1907-1999) -*Cuentos* (1976) y *Cuentos cortos con pantalones largos* (1981)- y Marcio Veloz Maggiolo (1936) -*Cuentos, recuentos y casi cuentos* (1986)- seguidos por una estela de poetas y narradores que lo han cultivado esporádicamente y que solo muy de vez en cuando han logrado publicar volúmenes unitarios (pp. 17-18). Con

la intención de afianzar una forma narrativa en alza y sondear sus potencialidades, el gobierno dominicano creó en 2010 el Primer Concurso Nacional de Minificción, exitosa manifestación cultural que en 2013 fue dedicada a Veloz Maggiolo, con un ulterior salto cualitativo: si antes los concursantes tenían que presentar solamente un texto, ahora se les pedía un conjunto de por lo menos treinta cuentos, cada uno de ellos de menos de 400 palabras. La obra ganadora del certamen fue *El domador de fieras y otros nanorrelatos*, de Reynaldo Paulino (Nan) Chevalier (Puerto Plata, 1965), poeta -*Las formas que retornan* (1998), *Ave de mal agüero* (2003)-, cuentista -*La segunda señal* (2003), *El muñeco de trapos* (2012)-, novelista -*Ciudad de mis ruinas* (2007), *El hombre que parecía esconderse* (2013)- y ensayista -*Antihéroes onettianos habitantes de proyectos fallidos* (2011)-. El libro es un perfecto ejemplo de la buena salud de que goza el microrrelato en las letras dominicanas, ya que Chevalier, como todo buen aprendiz, no se conforma con tocar una única partitura, sino que lidia con los diferentes recursos puestos a punto por quienes le precedieron en el arte de lo breve. Uno de los rasgos fundamentales y más recurrentes de sus nanorrelatos es una ironía que a menudo linda con una corrosiva causticidad, como es patente en *El mejor de todos*: «Empezó por comprender que no había mejor poeta que él en la lengua de Cervantes. Después decidió publicar sus críticas laudatorias sobre la poesía que él mismo escribía. Finalmente, compraba las revistas donde aparecían los artículos para refutarlos en el número siguiente» (p. 34). Tampoco faltan las ocurrencias en estado puro -*Mal genio*: «Tenía tan mal carácter que su propia sombra se alejaba cuando él se enojaba» (p. 37)- o el humor burlón y desmitificador que en *Lámpara mágica frotada en el siglo XXI* se ensaña con los tiempos que nos han tocado

vivir: «Hallaron la lámpara en un callejón de la favela. La frotaron y aguardaron la salida del genio. Con aspecto imponente, éste ordenó que pidieran tres deseos. En silla de ruedas, hoy el genio trata de hacerle entender al fiscal cómo y dónde fue atracado» (p. 95). La sonrisa puede luego aflorar, como en *Ulises*, gracias a una intertextualidad todavía más marcada y puntual: «Retornó a la casa, tras largas, interminables batallas. ¿Quién eres, quién eres?, preguntó a la señora pintarrajada cuando ésta le abrió la puerta» (p. 101). En otras ocasiones es cierto lirismo con un toque surrealista el que remata la narración. Muestra de este procedimiento es *Gemelos*: «Vinieron al mundo con diferencia de dos minutos. Se parecían tanto que si uno pensaba en un objeto el otro pronunciaba las palabras que lo describían. Por primera vez ha salido cada uno por su lado. Al reencuentro, el *otro* describió a una mujer; el *uno* no logra imaginarla» (p. 85). A pesar de la heterogeneidad de las técnicas empleadas, prima la originalidad de la mirada desencantada y con ribetes *pulp* de Chevalier, un elemento que Belliard muy acertadamente pone en relación con las atmósferas lóbregas de los cuentos policíacos, la novela negra o la crónica periodística (p. 22). Precisamente la singularidad de una mirada estupefacta y melancólica, pero nada ingenua, que se refleja en una escritura elusiva es la que sustenta *Soñar en el paraíso* de Rafael García Romero (Santo Domingo, 1957). Dicha colección de microrrelatos, aunque a primera vista parezca menos variada, delata la experiencia de un autor con un largo recorrido literario y periodístico a sus espaldas, alguien que a través de sus numerosas publicaciones de carácter cuentístico -*Fisión* (1983), *El agonista* (1986), *Bajo el acoso* (1987), *Los ídolos de Amorgos* (1993), *Historias de cada día* (1995), *La sórdida telaraña de la manse-dumbre* (1997), *A puro dolor* (2001), *El cír-*

culo de Malebolge (2009), *Memorias de Ricardo Valdivia* (2012), *Infortunios y días felices de la familia Imperios Duarte recordados con pusilánime ternura* (2012)- o novelístico -*Ruinas* (2005)- ha adquirido un timbre de voz inconfundible, ocupando un lugar destacado en el panorama actual de la literatura de la República Dominicana. García Romero, sin renunciar a un ingenio no exento de sorna, elige recoger sus textos al amparo de un enfoque existencialista que ya viene anunciado por los epígrafes tomados de las obras de Hermann Hesse y José Saramago. La elección de recorrer con su pluma los pliegues oscuros del ánimo humano repercute inevitablemente en unas tramas que se diluyen para dejar paso a un tono más reflexivo que se interroga acerca de esos universales -la soledad, el amor, el tiempo, la muerte, el dolor, la felicidad, etc.- que tejen a diario nuestras existencias, aproximando sus creaciones a esas greguerías ligeramente sombrías en las que Ramón Gómez de la Serna seccionaba la condición del individuo con la doble hoja de la socarronería y de la aflicción. A la vertiente más cómica, donde la sonrisa es una bengala que ilumina la página por el espacio de unos segundos, pertenecen, por ejemplo, *Línea de tres* -«La distancia más corta entre una mujer casada y un hombre que la pretende, demandándole amor, es el esposo que los separa» (p. 31)- o *Amor irreal* -«Te amo con toda mi alma, le dijo el hombre. A mano tenía un atlas de Anatomía y buscó concienzudamente entre las láminas, una y otra vez. Ya lo sabía, pero quería cerciorarse: el alma no existe en ninguna parte del cuerpo humano» (p. 51)-. Otra estratagema ramoniana, presente en el último microcuento citado, es la de jugar con las expresiones idiomáticas del lenguaje, como en *Previsión*: «Hizo una tormenta en un vaso de agua y pescó un tiburón» (p. 96). Sin embargo, la tónica dominante del volumen es

la de una apesadumbrada lucidez, bien ilustrada por los microcuentos *El hijo de Nietzsche* -«No creo que Dios esté vivo; y si vive para qué necesita la vida, si ya Jesús murió de acuerdo a su disposición. Sí, ¿de qué le sirve la vida?» (p. 21)- o *El colector* -«¿A qué edad descubrió para qué servía la vida? Vivir solo tenía sentido para coleccionar recuerdos» (p. 53)-. No obstante, no todo es pura resignación o visión abstracta, ya que el autor a veces se moja en la contemporaneidad y la congela en unas instantáneas que logran dar en el clavo en materia de *social networks* y *fast thinking* -*Frase global*: «El éxito de Facebook está en que hizo de dos palabras, “me” y “gusta”, la primera frase light de consumo global» (p. 23)- o de hiperrealidad mediática -*Persecución* (p. 161)-, confirmando así que la ficción hiperbreve es hoy en día uno de los mejores anticuerpos que se le pueden suministrar a una sociedad digital con prisas y a todas luces empeñada en confinar la literatura en sus márgenes. Rafael García Romero y Nan Chevalier lo han comprendido con claridad meridiana: los microrrelatos se cuelan por cualquier resquicio y, como proteínas, solivantan y curan.